

# CRONICA UNIVERSITARIA

## RESOLUCION CON MOTIVO DE LOS SUCESOS DEL 9 DE ABRIL

### EL CONSEJO DIRECTIVO DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA

#### R E S U E L V E

- 1º—Desagraviar a Jesucristo por los ultrajes a su Divina Persona y a los máximos Jerarcas Excelentísimos señores Primado de Colombia y Nuncio del Soberano Pontífice;
- 2º—Reafirmar su fe en Cristo, su adhesión al Papa, su devoción a Colombia, su confianza en los postulados geniales del Libertador por un mundo mejor y su propósito inquebrantable de continuar la tarea de educar juventudes, sin distinción de linajes, en un ambiente de hogar y de auténtico colombianismo;
- 3º—Protestar por el villano asesinato del doctor Jorge Eliécer Gaitán, notable penalista y político de nombradía;
- 4º—Felicitar al Excelentísimo Señor Presidente de Colombia por su valor heroico, su serenidad enhiesta y su magnánimo corazón; y al Ejército, salvaguardia de la República;
- 5º—Agradecer las innumerables manifestaciones de solidaridad recibidas con ocasión del atentado criminal de que fue víctima nuestra Institución.
- 6º—Condenar los salvajes atropellos a entidades, personas, templos, periódicos, fábricas, almacenes, etc., provocados por agentes intelectuales marxistas y ejecutados por masas delincuentes;
- 7º—Declarar beneméritos a los estudiantes que en la noche del nueve de abril evitaron gravísimas pérdidas y salvaron preciosos tesoros intelectuales, patrióticos, universitarios y materiales;
- 8º—Autorizar al Señor Rector para que cuanto antes reinicie la Librería incendiada a fin de continuar ayudando a los universitarios, especialmente a los pobres.

Medellín, abril 19 de 1.948.

*El Presidente, Félix Henao Botero. Vocales: Pbro. Guillermo Escobar V.; Guillermo Jaramillo Barrientos; Ignacio Vieira Jaramillo; Neil Gilchrist L.; Miguel Moreno Jaramillo; José Castrillón H.; Juan B. Martínez; Ricardo Posada O.; César Palacio. El Secretario, Jesús M. Rojas Giraldo.*

MOCION DE DUELO POR LA MUERTE DEL

PROFESOR JORGE RODRIGUEZ

El Consejo Directivo de la Universidad Pontificia Bolivariana, que vio siempre en el señor ingeniero Jorge Rodríguez a uno de sus profesores más ilustres por la virtud y el saber, deplora cordialmente el fallecimiento de tan insigne ciudadano, y al consagrarle este recuerdo necrológico reconoce que él fue hombre pulcro y desinteresado, sabio y sereno, recto y patriota, gran servidor de la sociedad en varios campos, singularmente en el de la estadística, a la cual dio en Colombia nuevos rumbos, y en el de la enseñanza a que se dedicó con eficacia durante largos años.

Transcribese esta moción a la familia del doctor Rodríguez, en nota suscrita por los miembros del Consejo y por el secretario.

Medellín, febrero 24 de 1948.

*El Presidente, Félix Henao Botero. Vocales: Pbro. Guillermo Escobar V., Guillermo Jaramillo Barrientos; Ignacio Vieira Jaramillo; Neil Gilchrist L.; Miguel Moreno Jaramillo; José Castrillón H.; Juan B. Martínez; Ricardo Posada O.; César Palacio. El Secretario, Jesús M. Rojas Giraldo.*

EL NUEVO DECANO DE BACHILLERATO

PRESBITERO Guillermo Escobar V.

Por retiro del doctor Emilio Botero Ramos, quien desde hace años ejercía con todo lujo y competencia el decanato de la Sección de Bachillerato y cuya ausencia de este puesto directivo lamentamos de veras aunque nos regocija al mismo tiempo el hecho de que el insigne sacerdote continúe al frente de diversas cátedras en la Universidad, aportando su conocimiento y su sabiduría para bien de las juventudes bolivarianas, por retiro suyo repetimos, ha sido encargado del delicado y ponderoso cargo el Presbítero Guillermo Escobar, ducho en ciencias pedagógicas, ilustre por muchas razones y uno de los sacerdotes antioqueños de más vigorosa personalidad y de más hondo sentido apostólico. Su vida ha sido un continuo laborar con las juventudes y un ejemplo constante de tenacidad, de austeridad y de estudio. Pocas veces tantos valores se han aunado y raras ocasiones tal cúmulo de virtudes y atributos se han sumado en una persona. Orador de altos méritos, profesor de indiscutible valía, sabio consejero y magnífico director espiritual, de voluntad acerada y modales exquisitos, de santa vida y gran talento, el Padre Escobar era el indicado para suceder al doctor Botero Ramos en el difícil encargo de dirigir la Sección de Bachillerato de nuestro claustro. Sea esta la oportunidad para testimoniarle la admiración de esta Revista y el deseo muy encarecido porque tanto él, como el excelente Decano anterior, ocupen las páginas de nuestra publicación para honra nuestra y de la Universidad.

## BODAS DE PLATA SACERDOTALES DEL SEÑOR RECTOR

El 31 de marzo de este año de 1948 cumplió el señor Rector de la Universidad, Monseñor Félix Henao Botero, veinticinco años de vida sacerdotal. Todas las entidades públicas y particulares de la nación, el departamento y el municipio y numerosas personalidades de todos los rincones de la patria testimoniaron en esta oportunidad su admiración y aprecio para el señor Rector, testimonio de admiración y de aprecio que se hizo extensivo a la propia Universidad, obra a la cual ha dedicado Mgr. Henao Botero todos sus desvelos e inteligencia, toda su capacidad directiva y sus mejores años de trabajo tenaz y continuado. Especialmente en Medellín, ciudad que ha sido testigo constante de la obra educadora y cultural de Mgr. Henao Botero, y en La Ceja, patria chica del ilustre levita, los actos y homenajes en su honor revistieron esplendor y copiosidad inusitados. Pero fue naturalmente la Universidad la que rindió un más severo y lujoso tributo de lealtad y de admiración a su Rector en la fecha conmemorativa de sus veinticinco años de vida sacerdotal. Los fundadores, los ex-alumnos, las directivas, los profesores y los estudiantes estuvieron presentes en todos los actos y aseguraron con ello la admiración que guardan para su Rector y la confianza que mantienen de que bajo su dirección la Universidad no ha sufrido ni sufrirá mengua ni pausa en su progreso y antes bien cada vez es más espléndida su posición cultural y más ancho su prestigio dentro y fuera de los linderos colombianos. A continuación incluimos los discursos pronunciados en los diversos actos que la Universidad ofreció en homenaje de Monseñor Henao Botero.

## ORACION GRATULATORIA

*Pronunciada en la Catedral Metropolitana por el señor Presbítero MIGUEL GIRALDO SALAZAR, durante la solemne Misa Pontifical.*

Ha sido para la Universidad Pontificia Bolivariana, no menos que para Vos, Monseñor Henao, una singular fortuna el haber llegado a la cima de una de las principales etapas de vuestra existencia, al cumplir los veinticinco años de Sacerdocio, siendo su Rector Magnífico, condecorado no sólo con los lauros del teólogo y el canonista en una de las más famosas Universidades del mundo, sino señalado también por la Santa Sede con el título honorífico de Prelado Doméstico de Su Santidad.

Al encomendarme la Universidad Pontificia el altísimo honor de llevar su voz en esta solemnidad, quiere por mi conducto, desde su gran Canciller el Excmo. Sr. Arzobispo, hasta el más humilde alumno, escondido entre los niños de la Preparatoria, manifestaros cuánto os agradecen los sacrificios que la dirección de este Instituto os imponen, inclusive el de que aceptéis la dura tiranía de los honores recibidos públicamente en esta tan solemne ocasión. Un hombre de la antigüedad, Plinio, dijo que la mayor parte de los hombres se consideraban puestos en ridículo si son alabados públicamente; pero añadió: "Es que las acciones dignas de alabanza, ya no existen". El genio de San Agustín por el contrario, expresó los siguientes pensamientos, a propósito de los honores que se dan o se reciben: "Querer hacer el bien y no querer que se nos alabe por ello, es querer que prevalezca el error y declararse enemigo de la justicia pública y oponerse al bien general de las cosas humanas que cuando andan en orden, reconocen el mérito y se honra la virtud".

La Divina Providencia os ha colocado, Monseñor, en un puesto muy visible y, aunque no queráis, tenéis que ser —hasta por el solo hecho de vuestro sacerdocio— espectáculo para Dios, para los ángeles y para los hombre. Ya llegará la muerte que iguala a todos y, entonces la posteridad dirá si en verdad merecáis los honores que hoy os rinde la Universidad Pontificia, el pueblo aquí reunido, el Venerable Capítulo, el Clero y vuestro Arzobispo.

Antes de proseguir es de elemental sentido de justicia que esta Pontificia Universidad, nacida de la entraña fecunda de la Iglesia y presentada en este momento con tan brillante colorido ante los altares del Dios de la Sabiduría, rinda un tributo de veneración y de cariño a las tumbas que guardan los despojos sagrados de Tiberio de Jesús Salazar y Herrera, Manuel José Sierra y Juan Evangelista Martínez, nombres que han de ser en todo tiempo, timbre de honor para los bolivarianos, a la par que símbolo y paradigma de la perfección de vida cristiana en el orden eclesiástico y en el orden civil.

Monseñor: Al llegar al vigesimoquinto año de vuestro Sacerdocio, año jubilar y de alegría, es natural que vuestra rica imaginación ilumine con colores risueños o de llanto tres lugares del espacio colmados de recuerdos para Vos. La Ceja, pedazo de Antioquia adornado por Dios con los más amenos y limpios horizontes; Medellín, ciudad señora que todos amamos, en donde empezásteis los estudios eclesiásticos y centro principal de las actividades en el apostolado docente y finalmente Roma, cuyo ámbito sagrado es para los sacerdotes y para los católicos del mundo entero, el mismo corazón de lo que más amamos —Nuestra Fe— de donde heredamos un gentilicio que nos diferencia inconfundiblemente de los millares de sectas cristianas que el orgullo o la relajación de costumbres separó del viejo tronco siempre florecido y generosamente fecundo: Somos Católicos, Apostólicos y Romanos.

Para cumplir una misión sobre la tierra —cualquiera que ella sea— se necesitan aptitudes especiales que la Providencia Divina derrama profusamente entre los hombres conforme a las necesidades humanas: Para el trabajo físico da la fuerza y la salud; para el estudio da la inteligencia; la paciencia inalterable para el investigador científico; la delicada sensibilidad y el sentido estético para las bellas artes; el valor, la audacia y el heroísmo para las empresas guerreras; la visión clara de los grandes problemas del mundo para buscar la solución más oportuna en la paz; pero para los ministerios sobrenaturales se necesita un llamamiento especial que se nombra en el lenguaje de la Iglesia *la vocación divina*: “No fuisteis vosotros quienes me elegisteis, dijo Jesucristo, sino Yo quien os elegí a vosotros”; “Ven y sígueme” dijo un día a Mateo en su telonio; “Deja las redes, dijo a Pedro, que yo te haré pescador de hombres” y así sucesivamente en las orillas del Jordán, fue llamando a sus discípulos, en Betsaida, en Cafarnaum y en Caná.

¡Cómo es de bello el proceso de una vocación al Sacerdocio!

¡Cómo se insinúa Jesús en las almas de los niños y de los jóvenes, para que en todo tiempo, hasta el fin de los siglos, resuene en los corazones la palabra que un día se dejó oír en los campos de Galilea para llamar obreros a trabajar en la abundante mies. Ese “Ven y sígueme” lo oyen algunos llamados envuelto quizá en el grato són de la campana parroquial que, al rayar el alba, llama a la oración. Es quizá el ejemplo de un Párroco que, dándose cuenta de las necesidades de la Iglesia, va como Jesucristo recogiendo mieses entre los niños de su parroquia; tal vez la ingenua plegaria de la madre cristiana que pide a Dios que le dé un hijo Sacerdote; es Jesús, el mismo Jesús que en la Sagrada Comunión le dice al escogido: “Ven y sígueme”.

En qué lugar, Ilustre Monseñor, en qué momento, os dijo Jesús “Ven y

sígueme...”? Vos lo sabéis. Son secretos que los Sacerdotes guardamos en el alma, en sus fibras más recónditas y con sagrado respeto y veneración. Cuando oísteis esa voz, llegásteis al Seminario de esta ciudad y, avanzando siempre con paso seguro hacia el altar, emprendísteis la jornada hacia la ciudad eterna porque El quiso que fuérais consagrado Sacerdote a los pies del Papa, bajo las sagradas bóvedas de la Archi-Basílica de Letrán, en donde se guardan los recuerdos más antiguos y sagrados del Catolicismo, desde los nombres de Constantino y la Generosa Fausta, hasta los de los Concilios Ecuménicos, celebrados cabe sus muros, diez y siete veces seculares: Allá, un sábado de Pascua, hace veinticinco años, oísteis el llamamiento canónico que dió forma substancial, digamos, a vuestro sér de Sacerdote: “Accedant qui ordinandi sunt ad ordinem Presbiteratus”: Acérquense los que han de recibir el presbiterado: y, momentos después, Jesucristo, por el ministerio de uno de los más beneméritos purpurados del Colegio Cardenalicio, os dio el poder de consagrar su cuerpo y su sangre, de predicar la verdad y de perdonar los pecados.

Los Alleluias de aquel sábado de Pascua, deben de resonar todavía en vuestra imaginación, en emocionante y dulce remembranza: ¡Alegría! para vos, para la Iglesia; para vuestros compatriotas; para vuestra santa madre, entonces todavía en la tierra; para el alma de vuestro progenitor que en el cielo debió recibir el beneplácito de los ángeles o el consuelo del sufragio, ofrecido por él en el altar.

Fuisteis consagrado Sacerdote del Altísimo, embajador del Redentor del mundo con poderes de plenipotenciario sobre el cuerpo místico de Cristo; para ser apóstol de la verdad y de la fe, y principalmente para enseñar, porque parece que desde las aulas de la Universidad Gregoriana, la Divina Providencia os iba preparando para que os consagrárais al apostolado docente: ¡Y qué preparación en todo género de virtudes y de conocimientos la que necesita hoy el Sacerdote de la Iglesia. Así lo manifiesta claramente la Encíclica de Su Santidad Pío XI, “Ad Catholici Sacerdotii”: El Sacerdote, dice, necesita una ilustración nada común. Lo exige así la Iglesia porque tiene que ser maestro en Israel; recibe de Jesucristo el oficio y la misión divina de enseñar: ¿Cómo ha de enseñar si es ignorante?... Tiene que ser maestro en la Fe y en la Moral; tiene que ser capaz de dar razón de los dogmas, de las leyes y costumbres de la Iglesia. Las ciencias profanas han progresado mucho; pero en asuntos de Religión, hay todavía mucha ignorancia que obscurece la mente del hombre contemporáneo y el Sacerdote la debe disipar. A él corresponde deshacer los prejuicios e innumerables incomprendiones que los adversarios han acumulado contra la Iglesia; el pensamiento actual está hambriento de verdad y el Sacerdote debe ser capaz de atender a esa necesidad con serena franqueza; hay almas inseguras en la verdad, atormentadas por la duda: El Sacerdote debe saber inspirarles valor y confianza y guiarlas con tranquila seguridad al puerto seguro de la Fe, aceptada por el entendimiento y el corazón. El error ataca furiosamente, con persistente arrogancia; el Sacerdote debe saber salir a su encuentro con defensas vigorosas y activas, sólidas y colmadas de serenidad.

Ningún Sacerdote puede conformarse hoy con un género de ilustración y de cultura que quizá en otros tiempos era suficiente. Debe hoy tratar de conseguir, o, más aún, debe actualmente conseguir un equipo más elevado de educación y de cultura; debe ser más extensa, más completa y corresponder en general a los más altos ideales de la educación moderna en relación con la antigua.

Este gran programa diseñado por Pío XI para el Sacerdote, puedo deciros que lo habéis realizado a cabalidad, con éxito y aplauso de vuestros superiores y discípulos; la cátedra sagrada, la prensa, la radio y vuestra intensa acción de

dirigente en la Pontificia Universidad dan testimonio de vuestro claro y eficaz apostolado sacerdotal en la dirección de la juventud.

Cuando se fundó la Pontificia Universidad Bolivariana, estuvisteis al lado de Monseñor Sierra, como su hombre de confianza, con entusiasmo y decisión y con él compartisteis las alegrías y las amarguras que llevó consigo este alumbramiento espiritual que dio a la Iglesia un centro de cultura de tales proyecciones para el futuro, de tan ciertas esperanzas, que hoy, en fila entre la categoría de lo mejor que tiene la Iglesia en la República de Colombia y cuya luz de verdad ya se difunde más allá de los lindes de la Patria.

En el año de mil novecientos cuarenta y uno fue sometida la naciente Universidad por la Divina Providencia a una serie de pruebas tan duras, humanamente hablando, que hubo quien creyera que ya la Universidad Bolivariana había tocado a su fin: la muerte de Monseñor Sierra en el mes de marzo de ese año produjo en la sociedad la sensación que experimentan los viajeros en una nave que se ve a punto de zozobrar. Antes de entrar en agonía Monseñor Sierra, fui llamado por él mismo cerca de su lecho de moribundo y me dijo estas palabras, hablándome con la sinceridad y la confianza que siempre acostumbraba él para con sus discípulos y amigos: "Padre Miguel, ya mis horas de vida son contadas; no me preocupa sino la Universidad, más que todo; quizá pueda sufrir algún trastorno, pero espero que sea momentáneo. Musitó con voz débil y expresiva los nombres de varios sacerdotes que en su concepto podían hacer frente a esta grave situación y después de analizarlos uno a uno con certera visión, me dijo: Dígame al Sr. Salazar que en mi concepto el doctor Félix Henao es el sacerdote indicado para que haga frente a la situación que ya se ve venir; lo conozco desde la Universidad de Antioquia. Es muy trabajador y abnegado y ha mostrado ser capaz de mucho".

Me despedí conmovido de su lado para no volverlo a ver jamás; consigné por escrito este sagrado testamento de confianza y lo puse en manos del Sr Salazar. Pocos días después de la muerte de Monseñor Sierra, fue nombrado su digno sucesor.

Ilustre Monseñor Henao: No era equivocado el parecer de vuestro amigo y compañero y superior: los años transcurridos de entonces acá han traído consigo problemas gravísimos de todo orden para la Universidad y como experto piloto habéis sabido salvar de la tormenta a esta nave cargada de tantas espirituales riquezas; con brío de apóstol; con serenidad de viejo navegante la vaís conduciendo al puerto seguro de sus ideales. Habéis conservado el espíritu de los fundadores y fomentando el amor a los dos grandes motivos, dignos de que por ellos se sacrifique el hombre: la Religión y la Patria.

Cada año que pasa surgen nuevas iniciativas y parece que se renueva la vida de la Universidad puesta bajo vuestra inmediata responsabilidad y diligente abnegación: a ella habéis dado vuestros floridos años, vuestro corazón y vuestra alma!

\* \* \*

Decía uno de los más grandes pensadores del Siglo de Oro de las letras hispanas, a propósito de los años y de las edades del hombre lo siguiente:

"Crece el cuerpo hasta los veinticinco años y el corazón hasta los cincuenta; pero el ánimo, siempre!" Gran argumento de su inmortalidad. La edad varonil en que al cabo de veinticinco años de Sacerdocio os encontrais, Monseñor, es el mejor tiempo de la vida; está el hombre en su punto, el espíritu en sazón. El discursar es sustancioso. El valor cumplido y el dictamen de la razón muy ajustado a ella. Al fin, todo es madurez y cordura: Esta es la reina de las edades: No

es ignorante como la niñez ni loca como la mocedad ni pasada como la vejez: Es el mismo sol que se llena de luces en el Zenit.

Corresponde, por fortuna a la Universidad Pontificia, disfrutar de toda la sazón, capacidad intelectual, moral y física de que os ha dotado generosamente la Providencia Divina y a Vos, darle gracias; porque nada tenéis que no lo hayáis recibido.

El Rey Ezequías fue gravemente castigado por Dios porque no le dió gracias como era su deber ni cantó cánticos de honor como lo hicieron María, hermana de Moisés, Débora y Judith. Las aves, en sintiendo el beneficio de Dios, cuando el amanecer les da el sol y la luz, naturalmente cantan y se alegran. Hoy día del vigésimo quinto aniversario de vuestra ordenación, amanece nuevamente para Vos y empieza para la Universidad un nuevo día. Ya con vuestras manos ungidas, hace veinticinco años, disteis gracias a Dios en el Sacrificio del Altar. Cantemos ahora el himno de alabanza que viene resonando de siglo en siglo desde los tiempos de San Ambrosio, con espíritu de gratitud, elevemos la solemne plegaria de las almas y de los pueblos agradecidos a Dios: **TE DEUM LAUDAMUS, TE DOMINUM CONFITEMUR.**

**TIBI SOLI HONOR ET GLORIA!**

### PALABRAS

*Pronunciadas en el Banquete ofrecido por los fundadores, exalumnos, alumnos de facultades, profesores y cuerpo directivo de la Universidad, por el doctor GUI-LLERMO JARAMILLO BARRIENTOS.*

De las festividades que veníamos celebrando en esta semana con el agradable motivo de los cinco lustros que lleva de ejercicio de su elevada misión quien es objeto del homenaje, esta junta es la única que tiene carácter puramente de familiaridad bolivariana. Otras han sido con motivos espirituales, una para reiniciar la historia gráfica de la rectoría, la de ahora es tertulia animada, interesada por el yantar.

Por eso fue por lo que los redactores del programa, al anotar este acto, no incurrieron en la severidad de decir oración, ni discurso, ni nada que llevase olor a academia, y para la ofrenda escribieron solamente como convenía a una reunión íntima "palabras" de fulano de tal. Con la suave protesta del lesionado, pusieron la carga, con más bondad que acierto en quien difícilmente la lleva. Fue suave la protesta, porque es peso agradable. Lo que yo diga lo dicta con facilidad más que la obligada reverencia, el aprecio adquirido en años de camaradería. Porque el jefe hace liviana la subordinación hasta convertir en compañeros a los dependientes.

Acabamos de celebrar la semana en que se conmemora la vida, la pasión y el triunfo de Cristo. Refiere la historia que muchos momentos solemnes estuvieron vinculados a la oportunidad de las viandas.

El primer millagro de la vida pública de Jesús fue con motivo de bodas. Dícelo el publicano Leví un gran convite en su casa, y concurrió porque no son los sanos los que necesitan de médico. En la mesa de un fariseo, perdonó a la pecadora que le lavó los pies con perfume y con lágrimas penitenciales. Abundante fue la comida cuando multiplicó los panes y los peces. En la mesa de otro fariseo, ante

un gran concurso, increpó a los falsos doctores y a los hipócritas la fetidez de su vestidura moral. En la comida que le ofreció un fariseo principal dijo la parábola del que dispuso una gran cena, y como no concurrieran los invitados, sentó a la mesa a los que fueron encontrados en los caminos. La fiesta de los ázimos, cuando comió con sus discípulos el cordero pascual, como ardientemente lo había deseado, cuando instituyó el Pan de vida eterna, fue un día tan redentor para la humanidad como el del sacrificio del Calvario; es la Eucaristía la mayor obra que ha salido de las manos de Dios. Fue bella la cena de Emaús, que no tuvo Judas y también lleva el sello de lo sobrenatural.

Estas son algunas de las escenas en que se sentó a la mesa quien no necesitaba de comida y fue modelo de pobreza y de templanza; el que aceptó la oportunidad de la fiesta en la parábola del Padre que celebró la vuelta del hijo con un banquete espléndido.

Por eso es propio que aderecemos esta mesa en honor de quien hace veinticinco años recibió la misión de predicar la verdad, de perdonar los pecados, de quien fue ungido con el encargo supraterráneo de discípulo de Cristo y recibió la capacidad divina de levantar en sus manos humanas pan y vino, y convertirlas en el cuerpo y sangre del Maestro, por la paz de la tierra y la eternal ventura.

No es una deferencia sino un obligante tributo el que rinde la Universidad a quien colaboró eficazmente a fundarla, desde entonces se consagró a ella, ha seguido con justeza la ruta de acción y de coraje que trazó el primer Rector exímio, ha mantenido la vía ascendente de esta Católica y Bolivariana institución, elevada a Pontificia por el sucesor de Pedro, a la que el que ahora es Prelado Doméstico de Su Santidad, consagra su actividad fecunda, sacrificando el sueño para estar en vela, a quien ha llevado el peso de la preocupación y la responsabilidad, y presenta hoy en estos momentos atribulados de la Patria, lujosa cosecha de hombres orientados para el sostenimiento de esta democracia, desviada por las pasiones políticas, azotada por vientos pestilentes que soplan de afuera, atormentada por el ambiente del trópico, pero donde alientan aún las enseñanzas del hijo epónimo de Caracas, de los que secundaron su acción con heroísmo y de los jefes y mandatarios que en la vida civil de la República consolidaron nuestro título de ciudadanos libres.

Al repasar la corta pero vivida historia del Instituto se observa que desde el día de la fundación han ocurrido no pocos momentos de alegría por acontecimientos prósperos. Con trabajo más o menos arduo se han doblegado las dificultades, que se presentan en forma constante y ordinaria en las grandes empresas. El problema pedagógico, la estrechez económica. El Rector se apecha del obstáculo y se tortura por buscar el camino para salir avante. Mientras más copioso es el sudor, mayor es la satisfacción por el éxito. Tropiezo que se atraviesa es tropiezo que se vence. Por buena fortuna, a semejanza de lo que ocurre en los alumbramientos, se embeleza la madre en la contemplación del renuevo y se olvida de los dolores, pavorosos a veces, que acompañan a su llegada. La lucha es la que crea el merecimiento. El merecimiento es el que produce manifestaciones como ésta, que tiene valor real del presente y de fecunda promesa en que se siente palpar el corazón de la Bolivariana.

La Universidad hace suya la fiesta de su Capitán.

Brindemos esta copa y "apacentemos el gusto sin perdonar a costas" en prueba de los mil votos que hacemos porque sea larga la vida de Monseñor Félix Henao Botero, natural de La Ceja del Tambo, la bella tierra de Dña. María Josefa Marulanda y de Dn. Eudoro González el que fue dueño de los contornos, de Juan de Dios Aranzazu y de Gutiérrez González, Rector Magnificae: *ad multos annos!*

## DISCURSO

*Pronunciado en el acto de colocación de un óleo de Monseñor Henao Botero en la Sala Rectoral del Claustro, por el Dr. NEIL GILCHRIST LEYTON.*

Las cosas perduran en el tiempo de acuerdo con su contenido, en verdad y espíritu. Aún cuando el principio físico dice que la materia es eterna, podemos decir que, en lo que incumbe al hombre, toda creación que tenga relación con la civilización, si es puramente material, es caduca y su trayectoria en el transcurso de los tiempos es corta y su huella poco fecunda, que queda borrada por acontecimientos de mayor envergadura. Unos a otros se han sucedido los grandes imperios y las grandes civilizaciones con sus proyecciones, en un tiempo magníficas y que hoy constituyen ruinosas materias de estudio para la Arqueología y que sí han dejado algo perdurable y vivo, esto está en relación con su contenido espiritual.

En cambio las grandes verdades y las grandes ideas reciben el embate de los siglos incólumes y antes bien, presentan cada vez mayor brillo y luz que ilumina el desarrollo de la mentalidad y la civilización del hombre, que no se concibe sino como algo relativo dependiente de un Absoluto.

Peró el mundo vio el triste espectáculo de la ciencia que desconociendo lo Absoluto y haciendo de lo relativo un absoluto, como en la parábola del hijo pródigo del Evangelio, con una pequeña herencia de incompletas experiencias materiales, dejó el hogar paterno para caer en el pecado de soberbia y así vivir lujuriosamente, por más de un siglo, bebiendo, sin lograr saciarse, en las copas del Naturalismo, Evolucionismo, Materialismo, Racionalismo, etc., buscando la forma de lograr sus fines por sí sola.

Y ya hemos contemplado su retorno hacia el hogar eterno de la Filosofía Cristiana, ciencia madre que, como lo ha dicho el gran astrónomo inglés Jeans: "va marcando el derrotero a las otras ciencias, en la búsqueda de la verdad".

Así hoy tenemos el espectáculo magnífico del avance de las ciencias hasta límites imprevistos, teniendo como luz y guía los enunciados de una teología de 20 siglos y los principios incommovibles de la Filosofía Cristiana, enunciados en tiempos en que el desarrollo de estas ciencias aún no daba los primeros baluceos.

En cuanto a esta Teología y sus relaciones con el mundo, ya lo ha dicho Chesterton: "Pues bien, descubrí un agujero en el mundo y en la Teología Cristiana, en relieve, un rasgo semejante a una punta rugosa y la punta que aparecía en el dogma se ajustaba perfectamente al agujero que había en el mundo: evidentemente había sido hecha para entrar allí".

Y a esta Teología y a estos principios filosóficos habéis dedicado vuestra vida ilustre señor Rector y a los veinticinco años de vuestro ministerio, el camino que habéis recorrido está marcado por etapas decisivas en el campo de las realizaciones católicas.

La educación cristiana ha demostrado que junto con las ciencias especulativas pueden marchar las experimentales que arraigan en la materia, sin dejar por esto de reconocer los mismos principios fundamentales y que la idea, lejos de ser una secreción del cerebro, como la bilis lo es del hígado, como lo han pretendido los materialistas, es la más pura manifestación del espíritu. Esta educación cristiana ha sido vuestro principal desempeño y lleva ligada a su historia vuestro nombre y en su último y más audaz desarrollo, que es nuestra Universidad, el nombre de Félix Henao Botero está indeleblemente grabado en sus propios cimientos, junto con el del primer Rector Manuel José Sierra.

La Universidad y su cuerpo de profesores no ha podido dejar pasar en

forma inadvertida el hecho grandioso de una vida que se ha consagrado a su servicio, haciendo total renuncia al descanso y tranquilidad personal y han querido aprovechar este aniversario para testimoniárselo y a esto hemos venido, a la vez que para con este sencillo pero significativo acto, iniciar la Galería de los Rectores, para modelo y enseñanza de los venideros.

Que Dios os premie vuestros esfuerzos y os continúe iluminando para bien de la Universidad y la Iglesia.

## DISCURSO

*Leído por su autor, el Sr. IGNACIO MEJIA V., en la solemne presentación en pleno verificada por la Universidad en honor de Monseñor Henao Botero.*

Enmudecer en esta hora y dejar en soledad al silencio, sublime lenguaje de la admirada espectación, es el más indicado modo de ofrendar tan vasto y abundante cuanto justo homenaje que se os hace hoy, Monseñor Henao Botero. Pero ha impuesto su mandato nuestra tropical tendencia extravertedora, y han querido generosamente que mi voz manifieste el alborozo de estos millares de vuestros más inmediatos hijos, que tienen fiesta en vuestra fiesta, sienten aliciosa bonanza con vuestra efemérides y quieren rendiros su máximo tributo, el de sus propias personas complacidas.

Ha sido acertada la excogitación que de mi se ha hecho para la ofrenda de este homenaje que es, estoy seguro, el más grande y el mejor que se os pueda presentar en este día. Y ha sido acertada, digo, como lo es en el amable fasto anual de nuestras madres la selección que hacen los hermanos del más pequeño, quien con frases balbucientes y torpes, saturadas de cariño y desbordantes de sinceridad, hace la expresión emocionada y sencilla del sentir de todos.

Orgullosa, sí, y delectada estoy con tal designación, señores. Porque no encuentro en este conglomerado la sola conjunción física de individuos, sino el trascendental aglutinamiento de estos espíritus bolivarianos que son germen portentoso de levantamiento humano, de prosperidad americana y de enlucimiento patrio.

Nuestra Universidad, nacida en un momento de avatar, se proyectó desde el principio como una vigorosa y definida reacción contra la fuerza corrosiva y menguadora del materialismo imperante, del contracristianismo abusivo y del utilitarismo inmoderado y absorbente. No era la creación de un plantel de educación general que viene a agregarse como un número más a los ya existentes; de un nuevo punto de estagnación cultural, lo que se buscaba al fundarla, sino una concreción de valores en orden al funcionamiento de un centro de permanente agitación ortodoxa, de imantación cultural, de apropiada elación de las ciencias civilizadoras y, primordialmente, de renovación moral.

Y estos fines encontraron en el Padre Henao Botero un sostén intimidable, un adalid fervoroso y desvelado, un propulsor alérgico a fatigas y debilidades.

Merced a esos principios y a este incremento, la Universidad se ha desarrollado en forma providencialmente progresiva y es hoy ardiente antorcha espiritual, foco de constante alumbramiento cultural, y potencial vientre de perfeccionamiento institucional. Y es que nuestro país tendrá que dar el viraje de avanzada en la práctica de las realizaciones cristianas de un lado y en el afianzamiento del espíritu latino-americano del otro. Nadie podrá estar más capacitado para la implantación de las nuevas necesarias instituciones que el hoy joven universitario, libre de lastres intelectuales y carente de los diminutos intereses utili-

tarios que tanto enfermaron a algunos grupos de generaciones pasadas, generaciones que sólo pudieron legar a sus descendientes su raquitismo espiritual y su un poco vitanda entidad social.

El mundo está saliendo con afán del marasmo al que lo había postrado el cúmulo de situaciones creadas que cuajaron al finalizar la guerra de 1.914. Es tiempo ya de renunciar a ver ese mundo como un mosaico de pueblos divisos. Hoy no puede ninguna nación colocarse al margen de las situaciones estatales de los restantes países, porque cada una de esas situaciones obedece a un programa político que rota al ritmo de una de dos evoluciones: la comunista disolvente o la capitalista aniquilante. Pero no deben tampoco nuestras naciones latino-americanas conformarse a ninguno de aquellos regímenes, que nos afectan principalmente por la perturbadora oscilación que entre ellos mantenemos. Se hace indispensable, con urgencia angustiadora, la gestación de sistemas cristiano-vernáculos, casados con nuestra indiosincracia, adaptados a nuestros menesteres y en vista siempre a la producción de valores auténticos, a la concepción de una cultura medular propia, al modelamiento de una civilización más nuestra, claro que sin despreciar lo útil y conveniente que en lo ajeno podamos hallar. Todo lo cual se circunscribe a un difícil pero imprescindible proceso de cohesión de las realidades de civilización y de cultura, a su progresivo acercamiento, hasta lograr el hoy casi utópico matrimonio de las dos trascendentales manifestaciones de la humanidad.

No digo nada nuevo cuando aseguro que el foco de todos nuestros males contemporáneos radica en la inmensa diferencia entre las dos formas, diferencia que se crece más cuanto menor es el ánimo de nuestro mundo anarquizado por evitarla. Civilización y cultura deben marchar ensambladas, pues que una vez formado el desequilibrio, el adelantamiento de la una conlleva fatalmente el revertimiento de la otra. Que no es de ahora tal desequilibrio, es verdad. Surgió cuando el mundo se sacudió intolerante la dirección del Vicario de Cristo, y desde entonces viene en paulatino desarrollo, pero hoy se marca con trágicos caracteres. Se dijera que por la falta de un control firme y sabio, la civilización se ha desbocado y corre destructora y formidable arrasando los sembrados de los siglos, mientras la cultura permanece inerte, apabullada y anémica, y se diría bien. Verdad captada por Duhamel cuando, al comentar lo que él llama "la tristeza de la historia, la profunda, humillante miseria de la historia", dijo: "Los conglomerados humanos se portan como brutos cuaternarios. Esta horrorosa zoología no habla sino de traiciones, matanzas, represalias..." Y nuestro gran Suárez comentó: "El distintivo de nuestra época es la preponderancia de las aspiraciones terrestres sobre las tendencias espirituales del hombre, en tal grado, que este parece haber perdido su centro y moverse en un vértigo demente y desordenado, al impulso de la soberbia, la codicia y los deleites, hidra de tres cabezas a quien el apóstol llama concupiscencia de los ojos, concupiscencia de la carne y soberbia de la vida. De aquí una situación individual y colectiva que no puede ser más anómala y amenazante". La razón de lo cual está en el imperio de la materia por el abandono del alma que, sin embargo, sigue ahí "semejante a una infanta que pega el rostro contra las vidrieras de un Escorial incendiado", según la bella expresión de Bloy.

Pero es lo cierto que los países que han alimentado voluntariamente el monstruo de la civilización incontrolada, están impotentes para abstraerse de sus efectos y, más aún, para evitarlos. Por el contrario, han entrado en ese anillo de fuego, sangre y odio. Y en medio de este espectáculo terrible se alza la sola pero valerosa oposición del Sumo Pontífice, que ve como a cada paso se atropella a las instituciones de Cristo, y advierte el mal a la humanidad.

Maritain nos dice justamente la realidad cuando afirma: "Actualmente se

nos presenta el mundo como dilacerado entre dos formas opuestas de barbarie. Ignoramos si conseguirá libertarse de ellas. Es preciso, mientras tanto, no olvidar que, si bien la concepción cristiana hace varios siglos dejó de ser la dominante espiritual de la civilización, quedó sin embargo bien viva; fue atenuada, pero no abolida. Que esta concepción vuelva a dominar la cultura es todavía posible hoy día; que esta posibilidad se realice o no, es un secreto de Dios. Nos corresponde, pues, trabajar con todas nuestras fuerzas por esta realización, no ya según el ideal medieval del Santo Imperio, sino según el ideal nuevo y mucho menos unitario, en el cual una acción toda moral y espiritual de la Iglesia presidiría el orden temporal de una multitud de pueblos, política y culturalmente heterogéneos, y cuyas diversidades aún religiosas no están dispuestas a desaparecer. Si los hechos no respondieren a esa expectativa, si de ahora en adelante la obra de la cristiandad debe desarrollarse en el seno de aquello que la Escritura llama el misterio de la iniquidad, como en misterio de desarrollara otrora el principio de la cristiandad, al menos podemos esperar que en el mundo nuevo surja una cultura auténticamente cristiana, aunque no reunida como en la Edad media, en un cuerpo de civilización homogénea, ocupando una posición privilegiada en la tierra habitada, sino repartida por toda la superficie del globo, como red viva de los focos de la vida cristiana, diseminada entre las naciones en la gran unidad **supracultural de la Iglesia**".

Toca entonces a nuestros países, que se hallan en gestación apenas, que nacieron bajo el aliento protector y estimulante del cristianismo y que no están aún totalmente poseídos por el mal de la civilización desatorada, si bien son doncellas furtivas, codiciadas por los países corrompidos ya, les corresponde, digo, desechar el mal, resguardarse de su contaminación y provocar la salvadora aleación de que he venido hablando. Con la condición de que como el mundo enfermo, cansado, agotado, deprimido habrá de buscar ese único centro de salvación que sigue siendo y será Cristo hasta el fin, toda institución que a El se ciña habrá de ser universal. Será entonces cuando verdaderamente asumirá América el control **del mundo**.

Consecuencialmente, la educación de jóvenes americanos en las ideas del cristianismo, es de una trascendencia sólo calculable por lo alto. De ahí que cuando Vos, Monseñor Henao, inculcáis en el niño y en el hombre y en la dama, en el principiante de las letras y los números y en el pujante profesional que se inicia, el vigor espiritual y la lealtad pura y celosa a los postulados católicos, hacéis patria, dais toques decisivos en la elaboración de un nuevo mundo o **imprimís grandeza humana**.

La Universidad Católica Bolivariana fue un grito de rebeldía contra las fuerzas de la desolación. "El carácter providencial de esta obra —se dijo sobre institución similar a ésta— se comprueba por la oportunidad, es decir, por la proporción que guarda con las necesidades actuales de la sociedad humana".

Hagamos una elucidación, así sea somera, de las distintas vértebras que estructuraron la Universidad, de las que sois Vos Monseñor, nervio y vida.

En primer término la sección preparatoria, colmada de ingenuidad, de belleza mental, de candor social. Es en la niñez en donde hay que iniciar el cultivo, haciéndola que se forme sin egoísmos, abnegada, decidida, cristiana, en una palabra. Como lo es también, por infortunio, en donde más cruelmente y con más trágica importancia operan los gérmenes de la iniquidad, del personalismo y de la abyección sociales. Verdad comprendida por los conductores de nuestra Universidad, que siembran en esta sección pródiga su apostolado, gran apostolado del Siglo XX. Ved el fruto de esa labor, Monseñor Henao, en esta multitud de conciencias sanas, en esa recta mirada de sus pupilas, abiertas y serenas, como pro-

legómeno de su porvenir. Grandes pequeños amigos vuestros, cada uno de los cuales os invitarían, oh augusta simpleza!, a echar los trompos con él; en cuyas voces, aún agudas como clarines de su propio futuro, vibra la cordialidad con que os aman y os admiran. Marcos escogidos, aptos para el buril, que van desde el oro brillante y llegan a la modesta caoba, pero en cada uno de los cuales se encierran iguales dolores, suspiros, emociones, esperanzas y sueños fabulescos. Cuántas promesas contiene ese magno grupo, cuán inmensa potencialidad vital hay para América en ese embrión. En esos grupos tenéis la adhesión ancha y sincera del niño que no sólo puede garabatear con la lengua sus deseos y del púber fogoso y emotivo.

Ved, después, esa exhuberancia de caracteres, de individualidades, de modos emocionales, que componen la sección de Bachillerato, unificados al rededor de Vos, Monseñor. Ninguna tan compleja en su conducción, pero no otra, tal vez, tan fructífera en sus efectos. Allí están el joven discolorado y el de madurez extemporánea, el dócil incomprensible y el rebelde dificultoso, el bueno y el malo estudiantes. Allí la multitud de pigmentaciones, compactada en una misma entidad cristiana, confundida en idéntico sentimiento de gratitud y alegría.

Función dura y agobiadora la del educador de nuestro tiempo, que tiene que moverse entre las mayores disparidades psíquicas y morfológicas, para dar a cada uno una formación vertical y útil. Difícil y dura, sí, porque el precepto de un grupo de bachilleres no es, no podría ser, ajeno a cada una de aquellas mentalidades. Y porque no es igual el trato de la persona ya formada psicológicamente que el de aquella que está en paulatino desarrollo, en quien una sola palabra, un gesto, una mirada, pueden precipitar un efecto: en cada uno de los cuales hay permanente haz de minúsculos pero importantes problemas, resultantes del desenvolvimiento de la naturaleza que trata de imponerse, o de inevitables cuestiones familiares o sociales.

Campo fértil y pródigo de formación cultural, podéis revistar hoy con amplia satisfacción de este aguerido ejército de soldados de la cristiandad.

Es el comercio en nuestro siglo una de las profesiones que mayor interés presentan para la formación de las sociedades. Cada nación va vestida por sus ferias y sus industrias. Es por ello por lo que una adecuada e insistente formación moral que penetre con los conocimientos sobre la contabilidad, la economía y las ramificadas cuestiones del mercado, es decisiva contribución a nuestro gran futuro. No son las ciencias comerciales mero ajetreo de números, como generalmente se ha entendido. Ninguna conciencia debe estar más saturada del espíritu social cristiano de nuestro tiempo que la del comerciante. Y gran mérito de la Escuela de Comercio de la Bolivariana es haber iniciado en nuestro medio esta calidad educacional.

Mas no está sola la juventud principiante en este festival de la idea: están también, graves pero fervorosos a la vez, los estudiantes profesionales.

Aquí el grupo, de diámetro extenso y promisorio, de alumnos de la Fa- nes que moverse entre las mayores disparidades psíquicas y morfológicas, para comenzado a dar rendimientos en forma generosa y brillante. La Arquitectura de nuestras ciudades, bien lo sabéis, es desvertebrada, sin método, independiente de las condiciones mismas de la región en que se asienta. Alteran los más diversos estilos, los más distintos tipos de edificaciones, en variación inelegante y en colocación insípida de modos arquitectónicos foráneos. En este ramo se hace notoria la desastrosa tendencia de nuestros pueblos, simios de la cultura, a imitar lo extraño, despreciando lo ingente sabia de su indiosincracia. Nuestros artistas jóvenes, cuando sienten impetus renovadores, criollizan su arte con las características aztecas o sacrifican la estética en aras de la supuesta idea. En buena hora

se fundó esta Facultad, que, seguramente, habrá de iniciar la labor de reformatión de las ciudades americanas a una personalidad autóctona, acatando siempre el principio de que la moral tiene supremacía sobre el arte.

Al lado de esta Facultad —que es rayo de cultura— y hombro con ella, funciona la de Ingeniería Química Industrial —eje de civilización— hecho éste de gran contenido social. En la Química se infiltró, hasta poseerla totalmente y hacerla su poderoso y terrible instrumento, el virus del incristianismo amenazador y pernicioso. Se dió desarrollo a esas ciencias como de la materia únicamente, desvinculándolas de todo fin humano, desprendiéndolas de sus arraigos morales y convirtiéndolas en medio de destrucción en los casos principales. Terrible y amarga verdad, pero verdad, que la desintegración del átomo, en manos de quienes la obtuvieron o tratan de conseguirla, equivale a la desintegración misma de la humanidad, que hoy vive, cómo el célebre médico, con cervical miedo del monstruo que produjo. Suponed las ciencias físicas y económicas que permitieron la obtención de ese fenómeno en personas permanentemente cristianas y rígidamente morales, y habréis de aceptar que la desintegración del átomo no habría declinado en la facturación de la más destructiva arma de guerra, sino en la infinidad de servicios humanos a que tal hecho da lugar y en los que ahora se piensa solamente de modo subsidiario.

Es por lo menos alentador y placentero ver cómo en estos claustros se penetra en las obscuridades de la materia bajo la guía del cristianismo; cómo las reacciones de los ácidos y las bases van dirigidas al mejoramiento de los medios del hombre; como coexisten la valencia de la materia con la del espíritu, subordinada aquélla a ésta. En cada ingeniero químico de esta Universidad hay un nuevo científico y un viejo cristiano; un engranaje de progreso que gira sobre el eje de su tradición familiar, acomodado al afán de las necesidades sociales. Esto cristaliza la percepción humanista que dijera: "El progreso debe ser un movimiento ordenado y racional hacia una meta fija, ha de ser una marcha fecunda y constante, y no un torbellino de direcciones falsas encontradas".

Más si estas son plantas magníficas fecundadas al calor de vuestra impulsión y abonadas por vuestro carácter, muy mucho más lo es la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas. Ha sido esta Facultad, tuve oportunidad de decir en ocasión pasada, contribución definitiva y pródiga a lo que llamé el renacimiento de la abogacía. Ninguna ciencia había sido infestada en forma más morbosamente efectiva por el utilitarismo, la inmoralidad y la dilatación del criterio, que la del Derecho y la Política. Rudo pero grato esfuerzo el de nuestra Universidad por extirpar lacras y subsanar deficiencias en la enseñanza de la abogacía. Ha impreso una personalidad tal, que en cada abogado bolivariano hay un inquebrantable caballero del derecho y un recto cultor de la política. Pero de un derecho pulcro y justo socialmente y de una política cóngruamente ordenada y honrada y honrosamente practicada; una política que procura separar a los pueblos de "las paralelas negras del odio", y que ha de ir encauzada por rutas de cordial competencia de servicios, de solidarización de ánimos, de impugnación de los maléficos e inconsecuentes rencores hereditarios que impiden el normal desarrollo de los pueblos; una política primordialmente, fundamentalmente, plenamente cristiano-americana.

Nuestra enteca generación debe sobreponerse a sus debilidades e imponerse la conciencia de su deber. Es menester que se capacite para heredar la dirección del Estado, antes que éste tenga que someterse, por carencia de oportuna dirección, a normaciones aporstatadas. La conformación de nuestras instituciones políticas a los postulados y las maneras cristianas será irrefragable si la acometemos con firmeza. La época post-midiseular urdirá la indispensable renovación

en el definimiento de los partidos en Colombia, si acaso no la formación de nuevas concepciones y de distintos troqueles proselitistas. No impregnar las resultantes de esos fenómenos de la presencia américo-cristiana, será la claudicación vergonzosa. En este sentido debemos ser vehementes, definidos, vigorosos, y obrar sin transigencias ni vacilaciones.

Complemento excelso de toda esta magnificencia son la Facultad de Arte y Decorado y el Círculo Femenino de Estudios, agrupaciones exquisitas de la belleza, la inteligencia y la nobleza de nuestras mujeres, urnas de amor y honestidad, afloración de las más caras tradiciones de nuestra tierra; y el Círculo Nocturno de Obreros, cuya presencia se alza en este acto que se os rinde, Monseñor, invisible pero espléndida, llena de gratitud y de contento, porque han tenido en Vos el diario interés paternal y la amistad generosa.

Y finalmente, las diversas asociaciones de incremento de la caridad, que son formas de contacto con la miseria humana, modalidades de apostolado seglar y manifestaciones de esa acción que tan reiteradamente ha reclamado nuestro Angustiado Pontífice, por las que habéis mantenido tan incesante interés. Como también las Academias de profundización y especialización y, en general, los órganos todos de la Universidad Pontificia Bolivariana, que quieren demostraros su devoción, su agradecimiento y su adhesión sin esguinces a Vos Monseñor Henao.

Destellante y cimera es vuestra obra en la Universidad. En ella hay ese magnífico conjuntamiento de civilización y cultura tan anheladas. Es simiente y almáxico a la vez de espíritu y de ciencia, reintegración de los elementos que vitalizarán a la nación en un futuro inminente, vale decir, la moral, el progreso, la justicia y el orden.

Nuestra Universidad —y vuestro fruto— ha recibido “la sanción legitimadora del tiempo” y hoy emerge enhiesta y deslumbradora como una *exégesis* de su fundación. En ella se acuñan caracteres y es tea que “señala en medio de las sombras del presente la ceja de luz del incorruptible porvenir”. Porque su función viene a ser la vinculación del hoy con el mañana, la elaboración del futuro, la ascensión del presente al porvenir, por los abiertos cauces de la inmortal corriente de las ideas.

Habéis sido un cristalizador irreductible. En Vos se encarna el apostolado contemporáneo. Ya no es la tesis del Cardenal Newman de que los cristianos conquistan cediendo, sino que ahora es batallando. Vuestra abundancia en la fe, vuestra facilidad en el decir, vuestra inagotable facundia y vuestra dialéctica clara y espontánea, han sido los instrumentos de que os habéis servido para sembrar las mieses seculares de la Iglesia de Cristo. Veinticinco años de luchas victoriosas por el ímpetu del Hijo del Hombre en la tierra os galardonan.

Debéis sentirlos alegre y satisfecho Monseñor. Parece que hubiera sido para Vos para quien escribió Pasteur: “Feliz el hombre que lleva dentro de sí a Dios, y le obedece; feliz si tiene un ideal de belleza, de arte, de ciencia y de patria, un ideal de virtudes evangélicas. Estos son los manantiales vivos de los grandes pensamientos y de las grandes acciones. Todo se ve claro ante la luz de lo infinito”.

Cuánta verdad dijo Confucio cuando exclamó: “La mejor recompensa no es la que te den los demás, sino la que tú mismo te des”. La realidad actual de la Universidad Pontificia Bolivariana es vuestra propia mayor recompensa, porque es ella signo eficiente del cumplimiento pleno del duro deber que Dios os impuso. En vuestro ejemplo se ha plasmado la sentencia del rústico: **Mi amo, debemos vivir como cristianos y trabajar como eternos.**

Los directores, profesores, estudiantes y empleados de la Universidad han pretendido presentaros su mejor ofrenda, repito, la de su adhesión irrestricta, su

agradecimiento sentido, su cordial admiración, su cariño y su lealtad, enmarcados en los lineamientos del escudo de la Universidad, que quieren ver engastado en vuestro pecho, como símbolo de su voluntad.

PALABRAS

*De ofrecimiento del acto especial que la Sección de Internado celebró en honor del Sr. Rector, dichas por el Sr. MIGUEL SEVILLANO*

Grande es para nosotros este día, porque en él nos ha tocado rendir el tributo a vuestras Bodas Sacerdotales. Con alegría, con entusiasmo y llenos de satisfacción hemos visto pasar este magnífico día. Porque en él hemos penetrado más de lleno el pensamiento, el ideal de todas las juventudes bolivarianas y hemos concluido que ese ideal fantástico, que ese pensamiento maravilloso de todas estas juventudes es sólo el cumplimiento de vuestros mandatos, es nada menos que la obediencia a vuestros consejos, porque este conglomerado de juventudes, ha seguido, sigue y seguirá vigorosa y sin temor por el sendero que Vos le habéis señalado; porque hay en nosotros la seguridad de que por ese camino llegamos a hacer efectiva nuestra mayor ambición: la de ser baluartes dignos de la Patria y la de ser fieles al Creador, dueño de nuestra existencia.

Cierto es que ese camino por donde tenemos que transitar es duro, pedregoso y plagado de dificultades, pero por él avanzaremos vencedores siguiendo la ruta que vuestros conocimientos y experiencias nos han diseñado.

Podríamos decir de Vos, Monseñor, aquella célebre frase de Virgilio: "Sic vos non vobis", así trabajáis Vos pero no para Vos, así os habéis esforzado pero no en vuestro beneficio, sólo con la idea grande de formar los hombres que habrán de proteger mañana la Patria, sólo para que esas juventudes alcancen la cumbre de sus ambiciones, coronen la cima de sus deseos, sólo para que ellas puedan enarbolar desde los altos de su carrera la bandera de sus triunfos.

Ya todos, Monseñor, os han manifestado la gratitud por todos los beneficios que de vuestra labor han recibido, ya todos os han manifestado la admiración por esta gran obra, que ayer era apenas incipiente, que ayer daba apenas comienzo a sus labores, y que hoy, doce años después, gracias a vuestra lucha constante y a la de vuestros colaboradores se ha hecho grande y su fama se ha esparcido por todo el continente.

Ya todos os han llevado el óbolo digno de vuestro día; sólo nosotros faltábamos por ofrecer ese óbolo, porque nunca hubiésemos podido escondernos bajo el velo de la ingratitud, porque no sólo os debemos beneficios intelectuales sino aún materiales, en todos los cuales hemos visto cómo vuestro único deseo es el mayor triunfo nuestro.

Nos hemos dado cuenta de ello, al reflexionar sobre el orden que rige en nuestras clases, sobre el personal escogido de ellas encargado, y sólo hemos visto como causa de todo esto, vuestro afán en la búsqueda de nuestro triunfo intelectual, y porque al ver revolotear el balón en el aire también hemos recordado vuestro deseo por nuestra formación material, y porque al saber que para los paseos nos habéis prestado los buses de la Universidad, no hemos dejado de meditar sobre esa acción y hemos concluido diciendo que no sólo deseáis nuestro adelanto moral, intelectual y material, sino que aún queréis nuestra alegría y porque sólo os sentís satisfecho cuando nosotros lo estamos.

Por eso Monseñor, este día es grande para nosotros porque en él hemos querido manifestaros nuestra gratitud, porque en él hemos querido demostraros

que nada de lo que habéis hecho por estas juventudes se ha olvidado, porque cada uno de nosotros lo llevamos apuntado en el libro de nuestra mente para poderlo recordar a cada instante. Y porque seguros estamos que ningún estudiante, cuando logre el final de sus estudios podrá enarbolar como cetro de victoria, cosa distinta a un cartel donde figuren con letras de oro, los nombres de sus protectores, el vuestro, Monseñor en nuestro caso.

En nombre de las juventudes de Colombia y aún de otros países, porque no es otra cosa lo que simbolizan las juventudes aquí presentes y en nombre del internado os saludo y os ofrezco esta comida y esta alegría.

## DISCURSO

*Leído por su autor, el Dr. BERNARDO URIBE LONDOÑO, en el homenaje colectivo que la ciudadanía de La Ceja, patria chica de Monseñor Henao Botero, rindió a su coterráneo con ocasión de sus Bodas de Plata Sacerdotales.*

Alto honor alcancé para mí, Monseñor Henao Botero, mi dilecto amigo, al recibir de esta ciudadanía el encargo de deciros su admiración, de hacer presente su cariño y de daros el parabién sincero y fraterno en esta efemérides de vuestra existencia.

Para esta población ha sido motivo de orgullo el que en un hogar cristiano, regido por un noble caballero y tutelado por una mujer santa, hubiérais abierto los ojos al mundo y vuestros pulmones a la vida; el que nuestra infancia serena se hubiera deslizado aquí suave y tranquila como una fontana; el que vuestro cerebro se hubiera nutrido con los primeros conocimientos en las aulas iluminadas por los hijos de La Salle y el que en las ausencias obligadas para haceros profundo en las ciencias divinas y humanas hubiérais sentido siempre la saudade de este valle fecundo y bello donde fructificaron las raíces de vuestra raza.

Aún os recuerdo, y han pasado varios lustros, viajero por las riberas del mar latino hacia la señorial, poética y portentosa Roma sin más valija que vuestro cerebro ávido, sin más riqueza que vuestro entusiasmo; estoy seguro que al entregar allá hace veinticinco años vuestro cuerpo y vuestro espíritu a las milicias de Cristo, cuando el Cardenal Pompili os dió el espaldarazo que os hizo Sacerdote y que al recibir de vuestro padrino, el muy ilustre Monseñor Juan Manuel González, el abrazo de felicitación en nombre de la patria ausente, al celebrar la primera misa, vuestro pensamiento como una paloma blanca vino a posarse en aquella mañana luminosa en la torre de esta iglesia y en los aleros familiares.

Después el retorno y a dar frutos, enseñando siempre. Por fin os entregaron el tesoro más valioso de Antioquia, nó el que duerme en sus arcas doradas, ni el que se hila constantemente en nuestras grandes industrias sino el de valores infinitos y posibilidades inimaginables, os entregaron a la juventud antioqueña, a esta inquieta juventud nuestra hambrienta de ciencia y grávida ya para la grandeza del departamento e incluso para la grandeza de la patria; porque

bajo vuestra rectoría serán ellos, los estudiantes, hombres completos, ciudadanos continuadores de nuestra admirable sociedad cristiana y valientes y tenaces y sufridos en las luchas por la vida.

A qué más palabras mías, Monseñor Henao Botero, que se irían con el aire que pasa, si las perennes están bellamente grabadas en esta tarjeta de oro y primorosamente escritas en ese pergamino. Llevádlas al recinto de vuestra soledad y allá en vuestra biblioteca cuando al ocaso las leáis de nuevo, tened la seguridad de que fueron escritas con amor, con admiración, con gratitud y que tienen del calor de las abroqueladas amistades, afectos éstos que nunca desaparecerán de tantos pechos cejeños que hoy se alegran en la fiesta de vuestras Bodas de Plata Sacerdotales y que ardientemente os desean una muy larga vida, más méritos, más triunfos para gloria del Altísimo, para bien de la patria chica y de Colombia.